

Alegoría

En Memoria de Ramón López Velarde

Por Jesús S. Soto

Con el exacto minuterero resuena
en la sala la voz de la provincia,
y en el instante que la interna pena
viene el recuerdo en el tic-tac.

Y reviven,
mágicos, el poeta y Fuensanta.

Con qué fervor salimos a la calle,
por la mañana, en la ciudad pequeña.
Como esquilón golpeando una campana de madera
resuenan nuestros pasos sobre el empedrado;
el sol geómetra platea
y llena de blancos planos —triángulos y rectángulos—:
paredes, aceras y pisos.

El poeta y nosotros, en suave dolor místico,
y como místico, herido de sensualidad,
vemos que Ella surge de cuadros y retablos
—Virgen que baja de los altares—.

Era la fina jovencueta de siempre:
simple corazón y ademanes graciosos.

—Fuensanta,
está en el pórtico de la iglesia el poeta
que te quiere, porque halla en ti la gracia
de los retablos de su pecho místico.

(Pero Fuensanta no saldrá
porque ese día ha muerto).

—Poeta de irreales ciudades pequeñas,
Fuensanta sólo existe dentro de ti.

No vive
en esta calle que triangula y dora el sol.
No asoma a la ventana; no limpia sus macetas;
no les silba a los pájaros canorosos.

(Pero en todo momento se mueve
dentro de tu corazón que hace méritos).

Pasa el día. Pasa el día; rueda el sol
en la media naranja de fondo azul celeste.

Suena el toque de ánimas, y entonces el poeta,
ebrio de azul, entrégase a soñar,
en el hogar, junto a la luz discreta
bajo la cual Fuensanta irá a bordar.

Y el cuadro tiene así gracia de Epifanía.
Se desprende de ella, un halo la circunda,
una serenidad misteriosa la inunda
en rítmica interior melodía.

El silencio nocturno me equilibra;
se detiene el trapecio del ensueño
y el poeta y Fuensanta se van remando
en un lago de amor, dolor y alegría,
que todo junto era esta alegoría. ♦

A la Memoria de Ramón López Velarde

Por Jesús Zavala

Fuensanta, viste el traje de luto y encamina
tus pasos a la iglesia.
No olvides el Laballe ni el rosario.
hace un año. . . ¿recuerdas? . . .

En el altar sagrado de las ánimas
enciende una candela.
Haz que arda con brillo intermitente
en su memoria y. . . reza.

Asiste al sacrificio de la misa.
Ora por él, Fuensanta.
Recuerda que te quiso y le quisiste.
¿No oyes plañir las lúgubres campanas?

Deposita en la faz de su sepulcro
una corona. ¡Santa
reliquia de tu amor! ¡Inextinguible
recuerdo del ayer! ¡Votiva lámpara!

Abre el libro de oro de sus versos
y musita, en voz baja,
con "la sangre devota"
y la unción con que rezas tus plegarias:

"FUENSANTA:

"DAME TODAS LAS LÁGRIMAS DEL MAR.
MIS OJOS ESTÁN SECOS Y YO SUFRO
UNAS INMENSAS GANAS DE LLORAR. . ." ♦

México, junio de 1922.

Canción de la noche diamantina

EN LA MUERTE DE
RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Por Ricardo Arenales

Musa solar con nardos irreales
el cielo niño del Abril decora;
y . . . éste era el huerto de una Reina mora
y un lirio que la aurora aljofaró;
pero mi corazón balbuce ante la aurora:
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

El tiempo fluye, la ilusión dilata
su onda azul y en lo real confluye:
¡noche de la entrañable serenata,
la lágrima, el deliquio y el "tú y yo". . . !
pero mi corazón modula rima ingrata:
—¡No! ¡No! ¡No! ¡No!